

S19F
818

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA * AÑO XVIII * 1941-1942

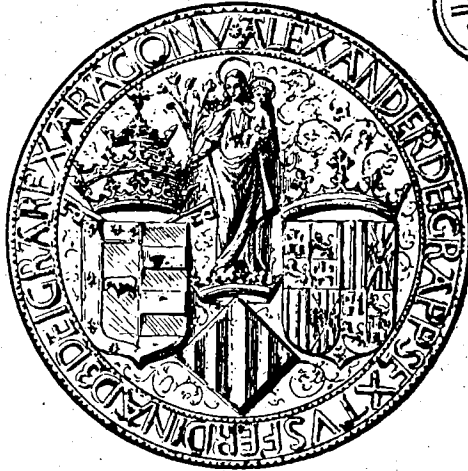
DISCURSO

LEÍDO POR EL JEFE DEL DISTRITO UNIVERSITARIO DEL S. E. U.

CAMARADA

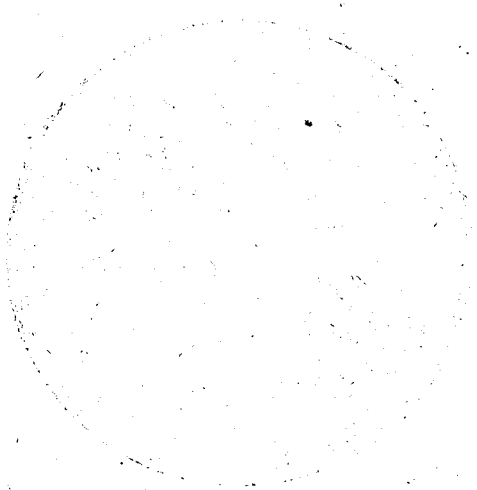
GUZMÁN ZAMORANO RUIZ

EN LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ACADÉMICO 1941-1942.



VALENCIA - 1941

IMPRESA HIJO DE F. VIVES MORA
HERNÁN CORTÉS, 8



L. 1469534
D. 1469532

UNIVERSIDAD de VALENCIA
(FACULTAD DE DERECHO)
BIBLIOTECA
Reg. de Entrada n.º 4445
Fecha: 18-V-56
Signatura _____

antig.
Varia I / N.º 2

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES,

CAMARADAS:

HACE sólo unos días, nuestros pasos medrosos de visitante turbaron el reposo tranquilo del valle de Loyola. El afán, nacido ya en nuestra infancia, de sentirnos bañados por el lirismo del paisaje y por la mística de su historia, nos llevó hasta las puertas de la casa solariega de San Ignacio, ante la cual el cincel maravilloso del arte reprodujo el momento en que Iñigo de Loyola, herido en el cerco de Pamplona, es atendido por los fieles que así saben honrar la nobleza de sus señores.

Sobre la entrada, firme y sobria como la época, esculpido en la piedra que ni los siglos se han atrevido a quebrar, el escudo nobiliario de la estirpe muestra la obligación a que voluntariamente se sometieron los hombres de Loyola de procurar siempre el bien y alimento de sus vasallos: una gruesa cadena, símbolo de unión y de fuerza, de la que pende una caldera con dos lobos apoyados sobre el borde, así lo pregonan. Y de este modo, escultura y escudo vienen a completarse en una íntima correspondencia de amor y de veneración entre servidores y dueños.

La amplia vivienda, un día celosa guardiana con sus muros de la vida de un infante que años más tarde tanta gloria había de dar a España y a la Iglesia, está hoy convertida en santuario. Las salas que entonces escucharon el andar recio de los caballeros y el suave deslizarse de las doncellas y las damas, permanecen ahora en silencio, sólo rasgado de vez en cuando por el dulce murmurar de los rezos. Todas ellas, transformadas en capillas, viven el recuerdo de una legión de santos cruzados.

Pero la que más impresión causó en nuestro ánimo, la que sobre nuestra alma grabó su huella con más fuerza, es aquella en que Iñigo tuvo que guardar cama para curar las heridas de la guerra. Es el momento crucial de su vida. El hombre de mundo que hasta entonces había sido el caballero de Loyola, siente que una llama divina abrasa sus entrañas y comprende que Dios le ha reservado una alta y honrosa misión: la de combatir a los herejes.

Mucho tiempo estuvimos en la capilla citada. Nuestros ojos alternaban la contemplación de aquella imagen, con atuendo militar y de garbo altivo, que representa a Ignacio de Loyola, soldado del Emperador, español que ya siente el Imperio y por él se bate contra las huestes de Francisco I, y aquella otra, pequeña, humilde, como recogida en sí misma, virgen de pintura porque el limoncillo y el ébano se bastaron para dar colorido natural a la faz y al hábito, que plasma la vejez santificada de quien puso la vida al servicio de Dios. ¡Gran español, Ignacio de Loyola! ¡Gran Capitán de la Cristiandad!

Vinieron a nuestra memoria las palabras de José Antonio: «La sotana y el uniforme... El sentido religioso y militar... La vida sólo merece vivirse cuando en ella se realiza, o al menos se intenta, una obra grande...» Pensamos en

DISCURSO DEL JEFE DEL S. E. U.

nuestros heroicos voluntarios, en nuestros camaradas de la División Azul... Ellos lo dejaron todo, padres, hermanas, esposas, novias, porvenir y éxito en las profesiones o en los oficios, y viendo cómo quedaban atrás el mar, el cielo y la tierra martirizada de España, marcharon alegremente, con las pupilas cargadas de orgullo, a luchar en la noble defensa de Dios y de la Civilización Cristiana.

¿Qué obra más grande, qué mejor empresa que defender el Crucifijo con una espada española? Abandonaron España sin exigencias, que esto no hubiera sido propio de ellos, con la sonrisa tranquila y la generosidad de los héroes, dándolo todo sin pedir nada, esgrimiendo tan sólo un derecho y una ilusión: ser los primeros en el combate, ser los mejores soldados.

Los reptiles que todavía se debaten en la charca tuvieron la osadía de calificar como *locura* la gesta de nuestra mejor juventud, el grupo de camaradas más selecto de España. Locura se llamó al valor, locura se denominó la abnegación, locura se tituló el desinterés. Cuando, ante la arrogancia de los que iban a luchar, debieron guardar un silencio respetuoso, ya que son incapaces de sentir nada noble que los dignifique, destilaron la ponzoña de sus blandas palabras. Pero España, señores y camaradas, está muy por encima del lodo y sabe cuál hubiera sido su destino sin esas gloriosas *locuras* de la juventud.

Recordamos el momento de la partida. Miles de brazos en alto, saludos con que la Patria despedía a los héroes, abrazos, risas, frases entrecortadas de cariño y los gritos y las canciones unidos en el afán español, fervoroso y eterno, de la renunciación y del sacrificio. Luego, mientras el tren enfilaba el abrupto camino de la gloria y las madres, sin lágrimas y sin palabras, daban el último adiós, con la mis-

ma pena gozosa y la misma dulce emoción con que la Virgen debió separarse de su Hijo, cuando Éste partió para emprender la primera gran Cruzada de la Humanidad, surgió de todos los pechos, cálido y solemne, el canto ritual de la Falange.

En aquella capilla solitaria, donde las sombras borraban el contorno de las cosas y un rayo de luz, penetrando las vidrieras multicolores, hacía resaltar la grandeza de los hombres, otra vez vimos ante nosotros desfilan a nuestros voluntarios, con la marcialidad de su paso inconfundible, y al sol de la mañana besar reverente el azul de sus camisas. Y entonces, queriéndoles hacer el mejor homenaje, hincamos nuestras rodillas en la piedra y el alma pidió a Dios, por ellos y por el triunfo, con una fe y una emoción que acaso no habíamos sentido nunca.

Hoy, en este día, inicio de un nuevo curso académico, rogamos a todos que veáis en los puestos vacíos de las aulas el ejemplo que habrá de estimular vuestra labor, y que los llevéis siempre en el recuerdo y en el corazón con el profundo agradecimiento que merecen. ¡Por la Patria y por la Falange! Pues si como españoles han sabido demostrar al mundo la grandeza de España, como falangistas están acrecentando el honor de nuestras vestiduras.

Pero si la misión de los que marcharon es noble, arriesgada y heroica, la vuestra, la de los que quedasteis en espera de órdenes, es no menos difícil; por silenciosa, por estar llena de sacrificio y de congoja, por ser todavía mucho lo que falta por hacer.

No ofrece ninguna duda que para hacer todo aquello que reúne posibilidades de realización, basta con querer. Pero bien está que insistamos sobre el concepto, para advertir las notables diferencias que hay entre el querer

DISCURSO DEL JEFE DEL S. E. U.

hacer y el simple desear. Querer algo es poner el hombre a contribución todas las energías de que dispone, es adaptar las circunstancias de su contorno, favorables o adversas, a la consecución de la finalidad que persigue. Si alguna de ellas ha sido descuidada, si por desidia o por negligencia dejamos que el desaliento corrompa un átomo de nuestra fuerza motriz, la volición no es completa, la voluntad tórna-se endeble y la naturaleza de un querer auténtico es falseada. Se podrá afirmar, y aún creer uno mismo, que se quiere; pero lo cierto es que el querer habrá degenerado en el simple desear, en el dejarse llevar por la corriente sugestiva de los proyectos, de los ardores y, a medida que el tiempo pase, de los aplazamientos, de los propósitos de enmienda.

En su *Filosofía de la Historia Universal* dice Hegel que todo lo importante que se ha hecho en la Historia lo ha hecho, sin duda, la pasión—pero bien entendido, añade—, la pasión... fría. Aquí es donde reside precisamente la dificultad: en lograr que ese apasionamiento en el querer sea consciente, en conseguir que no nos arrastren el frenesí o la locura. El otro, el apasionamiento trivial, impotente y estéril, es fácil de sentir por cualquiera, pero se viene al suelo como un castillo de naipes cuando tiene que resistir el cierzo de esa cosa gélida que es la reflexión. Por ello es indispensable aumentar el fuégo decisivo y creador que hemos de albergar en lo hondo, si queremos que al enfrentarse con la reflexión no se entibie y nuestra voluntad siga en pie, friamente apasionada por llegar a la meta.

Un escritor español señala como causa raíz de nuestros viejos males la chabacanería. Efectivamente, cualquiera que posea una mínima dosis de observación y no se haya cruzado de brazos ante el acontecer español, habrá reparado

que la inconsciencia, la ignorancia, el sentirse seguro de demasiadas cosas, no son más que consecuencias de ella, modos chabacanos de entender la vida, de hacer una preparación intelectual, de comportarse. El español, que sólo ante el peligro y ante la muerte reacciona con seriedad, toma casi todo lo demás con una inveterada y tradicional ligereza. Y este grave defecto, fuertemente unido al superindividualismo que nos caracteriza, es preciso hacerlo desaparecer de manera absoluta. Duele cuando nos tropezamos con tanto pobre hombre que está *enteradísimo* de todo, como si fuera una enciclopedia viviente, con personas que se saben *de memoria* las más árduas y difíciles cuestiones. Vosotros, cuya vida transcurre entre estas paredes cargadas de ciencia, que alimentáis vuestro espíritu con la investigación y el estudio y que, por lo mismo, sabéis cuán pequeño es el entendimiento humano para llegar a la sabiduría, sois los que contáis con más elementos de juicio para comprender la falta de sentido y lo absurdo de tal actitud.

Pues bien, señores; no porque sea absurda y falsa deja de producir efectos perniciosos. Estos individuos que carecen de toda base intelectual y, lo que es todavía más lastimoso, hasta del sentido común indispensable para que su obra no resulte caótica, tienen una especial habilidad para encaramarse con rapidez. Y aquí sí que hemos de recabar vuestra atención, porque la Universidad debe servir *viribus et armis* a su gran misión capacitadora, único camino por el que podremos llegar a un relevo purificador, que reclamamos como urgente y necesario.

La Universidad debe ser la mejor escuela de mandos al servicio del Estado nacional-sindicalista y los principios que regulen su funcionamiento habrán de estar informados por la ortodoxia del Movimiento. Esta es una afirmación

DISCURSO DEL JEFE DEL S. E. U.

que con palabras diferentes hemos formulado ya aquí. Con ella no queremos dar a entender que pasan desapercibidos a nuestros ojos los esfuerzos hechos para su mejora. Afortunadamente, la Universidad de hoy no es la misma sobre la que dos años atrás lanzamos el anatema de nuestra total disconformidad, aunque, en rigor, tampoco sea la de nuestras aspiraciones. Pero, de momento y teniendo presentes las dificultades de toda índole que ocasiona la hora actual, nos basta con haber comprobado la existencia de un entusiasmo y una buena fe, que antes, desgraciadamente, faltaban.

Nosotros, que, por haber finalizado nuestra vida universitaria, vamos a ceder el puesto a los que nos siguen, hemos hablado repetidamente de la reforma que la Universidad necesita. El pasado año, en la apertura del Curso académico, hicimos hincapié en la medida en que la ciencia debe ser enseñada, estableciendo una distinción entre quienes aspiren al ejercicio profesional y aquellos otros que, por impulso vocacional, gusten de adentrarse por los espinosos senderos de la investigación. Pedíamos para los primeros ideas claras, ciencia concisa y sintética, sin que esto fuera pretender una ciencia pobre o escasa. La sociedad necesita de buenos médicos y pedagogos, de buenos abogados y farmacéuticos, y la Universidad contraería una responsabilidad delictiva si permitiese que salieran de su recinto sin la debida preparación intelectual. Pero la ciencia no puede ser enseñada por igual a todos, puesto que el número preciso de investigadores es muy pequeño si se le compara con el de profesionales. Si la sociedad tuviera realmente necesidad de un número grande de aquéllos, es indudable que nos hallaríamos frente a una situación desastrosa, porque la vocación investigadora es especialísima y alcanza a un reducido gru-

pó de hombres. Y precisamente por esta condición suya, peculiar y específica, es por lo que aconsejábamos para ellos una dirección científica especial, a desarrollar en seminarios y en centros superiores de investigación.

También hablamos entonces, y no queremos volver sobre ellas, de otras cuestiones interesantes de la vida universitaria.

Hoy, comprendiendo que no es el momento para extendernos en detalladas consideraciones, ocasión que nos brindará sobradamente el Consejo Nacional de S. E., U., próximo a reunirse en Alcalá de Henares, vamos a esbozar someramente la solución que estimamos adecuada para resolver el problema del estudiante universitario, en sus aspectos sindical y profesional.

Hemos cursado nuestros estudios en las aulas de dos Facultades distintas. Esto nos da, si no un conocimiento completo, por lo menos familiar de los asuntos universitarios, y al propio tiempo nos permite ofrecer nuestra modesta colaboración para el instante en que deban ser fijadas con carácter definitivo las nuevas directrices por las que se guiará el régimen de gobierno de la Universidad.

Veamos cuáles son nuestras razones. Aparte de las ya apuntadas, creemos que la ley de Reforma universitaria, deseada por el Ministerio de Educación Nacional con tanto o mayor interés que nosotros, habrá de estar inspirada en el criterio de unidad que es norma fundamental del nuevo Estado español. Dicha ley dará margen a la organización autonómica de las Universidades, en su triple aspecto académico, didáctico y económico-administrativo, por medio de la Carta de la Universidad, la cual será facultativa para cada una de ellas y deberá consignar las características especiales de todas aquellas Facultades cuya vinculación a

DISCURSO DEL JEFE DEL S. E. U.

la Universidad se conceptúe indispensable para su florecimiento y buen gobierno, mediando en todo caso la aprobación del Estado.

Ahora bien; siendo como es para nosotros la Universidad el Centro Superior de Cultura, deberá tener a su inspección y tutela, cualquiera que sea el régimen por que se gobierne y la competencia que a cada una le confiera su propia Carta, todo el movimiento cultural del distrito, tutela e inspección que alcanzarán también a las Escuelas especiales, pues éstas dependerán y formarán parte integrante de la Universidad.

Además, la Universidad guardará estrecho contacto con la Enseñanza Media y ésta, a su vez, con el Frente de Juventudes, ya que todas ellas son piezas inseparables de la gran máquina docente del Estado.

¿Quedaría, con lo dicho, resuelto el problema universitario? Salta a la vista que no, porque descuidaríamos un factor importantísimo que habría de repercutir más tarde en la formación del estudiante. Este factor es el religioso. La Universidad ha de tender a la preparación completa de sus hombres—hombres que, por su nivel intelectual, ejercerán en lo futuro una influencia notable en la vida de la nación—y es evidente que no se lograría aquélla si la parte moral y religiosa quedara desatendida. Para evitarlo, la Iglesia estará representada en cada Universidad por su máxima jerarquía, y tendrá como misión la de velar por la ortodoxia dogmática de sus enseñanzas y hacer que todas las orientaciones que de la misma provengan estén presididas por el ideal religioso que alienta nuestro Movimiento.

Además del Rector, suprema jerarquía de la vida universitaria, y de los Decanos, autoridades máximas dentro de cada Facultad, nombrados uno y otros por el Gobierno,

como representantes del Estado, intervendrán en la Universidad los Sindicatos, agrupación de los elementos personales interesados en ella.

Formarán parte de la Junta de Facultad el Sindicato de Profesores, el Sindicato Español Universitario y el Sindicato de la Profesión respectiva, todos ellos bajo la dirección del Decano correspondiente. La Junta de Gobierno estará compuesta por el Rector y por representantes de la Iglesia, Sindicato de Profesores, Sindicato Español Universitario y Entidades menores que se integren en la Universidad.

¿Qué se habrá logrado con tales innovaciones? En primer lugar, una mayor atención de la Universidad hacia el estudiante, pues la participación de los Sindicatos mencionados, dará nuevos impulsos a la creación y desarrollo de Colegios Mayores, escuelas de ampliación, residencias, campos de deportes, bibliotecas, etc., y, lo que reviste gran importancia para el momento en que haya de salir de la Universidad, protegerá sus primeros pasos en el ejercicio de la profesión, acabando con este desamparo secular en que se halla el médico o el abogado cuando ha de enfrentarse con la vida. Se procurará reducir la legión de personas que afluye a nuestras Universidades, atemperando su número a las necesidades de la colectividad y dignificando con ello las profesiones liberales, hoy tristemente despreciadas.

Tarea hermosa, como veis, pero pesada y dura. Tarea que os corresponde a todos por igual, profesores y alumnos, y que habéis de procurar con el esfuerzo diario de la superación. El terreno está abonado para que una gran labor fructifique, pero vosotros sois los encargados de hacer la siembra. En el caso concreto de la Universidad valenciana, y sin que esto indique desdoro para otras, los que venís a

DISCURSO DEL JEFE DEL S. E. U.

aprender os encontráis frente a un cuadro de profesores ilustres, entre los que destaca por su competencia, entusiasmo y amor a esta Casa, la figura del nuevo Rector, Don Fernando Rodríguez Fornos. El S. E. U. se honra en esta ocasión haciendo público su cordial saludo de bienvenida y pregonando la confianza en su gestión, confianza nacida de las conversaciones que con él hemos sostenido referentes a la aceleración de las obras que habrán de dar cima a la Ciudad Universitaria de Valencia.

Hacemos extensivo nuestro saludo a todos aquellos que en los últimos tiempos unieron sus esfuerzos con los que de antaño vienen manteniendo el renombre de esta Universidad. Capacitados en su misión, constituyen la mejor garantía para el estudiante, de la misma manera que los jóvenes de hoy, libres de las extrañas influencias que un día convirtieron los claustros en lugares de agitación y de bullanga, nos traen la seguridad de que las enseñanzas vertidas en las aulas no quedarán desaprovechadas como la simiente calda sobre el campo yermo.

Tenemos fe en vosotros y en nuestros camaradas, cada día mejores, porque su educación habrá sido iniciada en el Frente de Juventudes. Pero es preciso que ambos, profesores y alumnos, vayáis siempre en íntima conexión y trato, fusionados por una sincera camaradería que haga de la Universidad española la gran hermandad intelectual que necesita la Patria. Sólo con esta compenetración, con este mútuo respecto, podréis unos y otros caminar juntos sin rozaduras, sin choques, coincidiendo las miradas de todos en un objetivo común: la grandeza de España.

La presencia constante de los Caldos y de los ausentes marcará vuestro ritmo de trabajo, regular, diario, tenaz, sin efervescencias, pero sin dejar tampoco que el corazón se os

encoja por el desaliento; siguiendo, pues, la norma que Goethe nos recomendaba para toda nuestra vida: avanzar sin prisa y sin pausa, como la estrella.

Únicamente así podrá levantarse la Universidad, y con ella España, no hasta el cielo, sino hacia el cielo, porque éste, como los afanes nacidos bajo las flechas, no conoce el valor de las medidas.

Señores y camaradas: Por España, por la Universidad y por Franco, ¡ARRIBA ESPAÑA!





SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE CUADERNO DE LOS
ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA
EL DÍA 30 DE SEPTIEMBRE DE MCMXLI,
FESTIVIDAD DE SAN JERÓNIMO, EN
EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁ-
FICO DEL HIJO DE F. VIVES
MORA, CALLE DE HERNÁN
CORTÉS, N.º 8, DE LA
INSIGNE Y CORO-
NADA CIUDAD
DE VALENCIA
L. ✠ D.